

Aguas de Mayo.

Anastasio Rojo Vega.

A perro flaco todo son pulgas y con la sequía que veníamos arrastrando hemos estado a punto de criarlas como gorriones. A falta de agua, habría sido la guinda precisa para hacer rebosar el vaso de esta nuestra crisis. Castilla es tierra, mucha tierra, ancha es Castilla y cerealista, por más que rechinen a la estética moderna la falta de árboles y la desertitud de los rastros polvorientos tras la cosecha.

Pero el responsable de tan áspero paisaje es fundamental para nuestra economía en los tiempos que corren. El cereal se paga cada vez más caro y es a su manera, en su modestia, nuestro equivalente del petróleo, oro rubio. Es que, según dicen, a los chinos les ha dado por comer carne siempre que quieren, como los occidentales, y tienen necesidad de ingentes partidas de trigos y cebadas para cebar sus famosos cerdos agridulces y patos lacados.

Sí, el cereal es el petróleo de nuestro PIB más próximo y si llueve como Dios manda, traerá un alivio a la cuenca, a las tiendas de ropa y de comestibles, y a las cuentas bancarias. Si Dios quiere, a estas primeras lluvias – en Abril aguas mil / sopla el viento achabuscado / y entre nublado y nublado / hay trozos de cielo añil - deberán seguir las de Mayo, esas para las que se acuñó la expresión feliz y esperanzadora de llegar como agua de Mayo, como dedo de Lázaro a la lengua de Epulón, porque siempre que llueve en Mayo hay buena cosecha.

Tan importantes son estas aguas de Mayo, que los de la España seca, hace algunos siglos, decidimos enviar un ministro de riegos a la central donde todo se sabe y ejecuta. Un santo cónsul de la tierra, al que, cuando se le olvida para qué esta allí – cosa típica de los políticos – se le envía desde aquí un recordatorio en forma de rogativa. Entonces él, Isidro, que sabe lo que es sufrir sequía en sus propias carnes, acude a la superioridad con la pertinente instancia en nombre de sus paisanos: Por favor, que vuelva a repetirse el anual milagro de las aguas.